

## TOROS Y SOCIEDAD EN LIMA COLONIAL

**“La propensión de los españoles a las corridas de toros es igual en toda la extensión de los dominios de S.M., y en esta capital regularmente gustan de semejante entretenimiento”.**

**Manuel de Amat y Junient, Memoria de Gobierno**

A pesar de estar situado en la periferia del mundo hispano, el Perú es un país donde la fiesta brava ha conservado todo su hechizo y vigor desde los primeros años de la dominación española. Sin embargo, a despecho de la abundante documentación existente, nunca se ha realizado una investigación que se aparte de los daguerrotipos costumbristas y anecdóticos que han reducido el tema a un deleznable «archivo de criollismo».

Nuestro trabajo pretende seguir el itinerario del toreo en Lima desde la fundación de la ciudad en 1532 hasta la construcción de la Plaza de Acho en 1766, para explicar cómo se articularon poder y sociedad alrededor de la fiesta durante los 300 años del virreinato peruano. Evidentemente será una panorámica preliminar, pero a la vez trazaremos los derroteros que otros investigadores podrán recorrer en posteriores estudios.

### I — DEL JINETE SEÑORIAL A LOS NEGROS CAPEADORES

Según eruditos autorizados, la primera corrida celebrada en Lima se llevó a cabo durante la consagración de óleos hecha por el obispo fray Vicente de Valverde el 29 de marzo de 1540:

La función fue en la Plaza Mayor; principió a la una de la tarde, y se lidiaron tres toretes de la ganadería de Maranga. Don Francisco Pizarro, a caballo, mató al segundo toro a rejonazos <sup>1</sup>.

La cita anterior exagera cuando menos dos detalles. El que Pizarro pudiera rejonear a caballo con más de setenta años de edad y, lo más curioso, que se hable de una «ganadería de Maranga». Con respecto a lo primero ningún biógrafo del conquistador del Perú recoge semejante acontecimiento, y en cuanto a lo segundo debemos apuntar que Nicolás de Ribera «el Mozo», encomendero de Maranga, en efecto era propietario por esos años de un valioso hato de vacas valorado en ocho mil pesos <sup>2</sup>. Pero además hay que corroborar que también era un empedernido aficionado, pues en 1564 elevó una instancia al rey en la que se quejaba por el desenlace de una corrida <sup>3</sup>.

Sin embargo, no hay que olvidar que los escasos estancieros de la época debieron ser a la vez regidores o alcaldes, en cuyo caso resultaban ser los primeros beneficiarios de la fiesta, ya que no sólo eran quienes se lucían alanceando toros, sino los dueños de las reses lidiadas. Cada celebración exaltaba su prestigio y poder:

Los principales colonos, como individuos, exigían tierras; como regidores eran responsables de la distribución de las tierras. Como rancheros producían carne de vaca y algunas otras provisiones con que se alimentaban las ciudades; como regidores fijaban los precios a que se debía vender las mercancías... Los cabildos fueron las instituciones principales para salvaguardar los intereses y expresar las opiniones de la clase conquistadora <sup>4</sup>.

Durante el siglo XVI el número de toros bravos o encastados en Lima debió ser más bien raquítrico, razón por la

1 Palma, Ricardo: *Tradiciones peruanas*, Madrid, 1957, págs. 46-47.

2 Lohmann, Guillermo: *Los regidores perpetuos del Cabildo de Lima (1535-1821)*, Sevilla, 1983, t. II, pág. 265.

3 Archivo General de Indias (en adelante AGI), Lima, 121; Carta de Nicolás de Ribera a S. M. Lima, 15 de mayo de 1564.

4 Parry, John H.: *El imperio español de ultramar*, Madrid, 1970, pág. 82.

cual «el cabildo destinó para esta diversión cuatro días en cada año; y desde 1559 se verificaron, la primera corrida el día de la Epifanía o Pascua de Reyes, la segunda el de San Juan, la tercera el de Santiago y la cuarta el de la Asunción»<sup>5</sup>. Sin embargo, también hay que tener en cuenta la prohibición papal, recurrida por el rey y origen de no pocas disputas entre el poder civil y el clero. De ahí que el virrey Toledo le dirigiera al monarca estas líneas:

Entre otros breues en que acá nos bamos retiniendo hasta entender que estén pasados por Vuestra Alteza como Su Magestad lo manda, a cido uno el de los toros, en que la pobreza y melancolía de estas tierras recibió muy mal que el Arzobispo le hiziese publicar, no auiéndose hecho en esos reynos después de auer suplicado dél. La ciudad embía su suplicación y la mía también, porque el dicho breue habla con los gouernadores. Vuestra Alteza mandará que se siga la causa como más conuiene y fuesse seruicio de Su Magestad y me mandará auisar de lo que sobre ésto se uviere de hazer<sup>6</sup>.

Al parecer, las gestiones del virrey fueron eficaces porque los toros volvieron a correrse en Lima ese mismo año, pero el arzobispo Loayza insistió en su rechazo ante la Corona, mas en esa ocasión alegando la integridad de los indios. La preocupación del dominico significaba además que la lidia peruana convocaba a otros actores que no eran exclusivamente de la nobleza:

En esta yglesia se leyó el propio motu de su Sanctidad sobre la prohibición de los toros estando el virrey en ella. Después de leyda me dijo el virrey que por mandado de Vuestra Magestad se avía consultado al Papa sobre ello y que se podían correr toros hasta que viniese la respuesta de su Sanctidad. El cabildo desta ciudad apeló o suplicó della arrimándose a la suplicación o consulta que por mandado de Vuestra Magestad se hizo, córrense toros como antes. Suplico a Vuestra Magestad mande lo que se ha de hazer en ello. Más peligro e ynconueniente ay en esta tierra por causa de los yndios que en ese reyno, porque, como los toros se corren en fiestas y en tales días los yndios suelen beber dema-

---

5 Mendiburu, Manuel de: *Apuntes históricos*, Lima, 1902, págs. 83-84.

6 AGI, Lima, 28-A; Carta del virrey Toledo a S. M. Lima, 1571.

siado, demás de ser gente torpe, hieren y matan algunos, y, aunque se ha proveydo que no salgan yndios a la plaza, no se puede guardar enteramente <sup>7</sup>.

¿Qué significaba la presencia de los indios durante la lidia? Desde los tiempos de Pizarro hasta el gobierno del marqués de Cañete (1555-1561), los jinetes se dividían en dos bandos para rejonear toros o jugar a las cañas, pero «después de ellos fue cuando se introdujeron en la corrida cuadrillas de parlampanes, papahuevos, cofradías de africanos y *payas*» <sup>8</sup>. Como se puede apreciar, desde muy temprano indios y negros se integraron a la fiesta.

En un primer momento la función de los negros debió ser más bien discreta, pero los indios alcanzaron rápido protagonismo a través de la suerte de *moharras*:

Conociase por lance de *moharras* el esperar al toro cuatro o seis indíjenas, por lo regular muy ebrios, que armados de rejones cortos, apoyados en el suelo, y sentados o echados, llamaban o provocaban al toro con unas pequeñas capas encarnadas. Algunos morían en su empeño de perseguir a la fiera y hostilizarla por muchas veces: el toro pasaba sobre los tales hombres ó levantaba en el aire a los que podía <sup>9</sup>.

7 AGI, Lima, 300; Carta del arzobispo Loayza a S. M. Lima, 23 de abril de 1572.

8 Palma: *Tradiciones peruanas...*, pág. 47.

9 Mendiburu: *Apuntes históricos...*, pág. 90. Esta suerte se mantuvo en Lima hasta los primeros años del siglo XX, pero un cronista del siglo pasado la describe así: «Otra de las suertes propias del Perú es la de *mojarras*. Varios indios llamados *mojarreros*, se arman con largos chuzos con puntas de fierro: échanse en el suelo, para recibir al toro, y cuando este embiste al grupo, pretenden los indios clavarle el chuzo por donde puedan. Muchas veces pasa el toro, pisando a los *mojarreros*; muchas veces toma a uno de ellos en las astas y lo pelotea; pero el indio no se rinde y es preciso que quede gravemente herido para que no vuelva a la carga. El *mojarrero* no sale al circo mientras el toro no se le presente de la corpulencia de un perro; y llega a realizar ese fenómeno óptico, no a favor de lentes cóncavos, sino a fuerza de tomar aguardiente. Desde que da principio la corrida empiezan los indios a beber; unos a otros se preguntan de qué tamaño está el toro y los que aun no tienen la vista en el grado necesario contestan: «*Todavía está grande; echa otra copa*». Cuál era y cuál es, hoy mismo, la mejor corrida de toros? No aquella en que los toreros habían manifestado mayor destreza, ni las fieras mayor bravura. Los aficionados necesitan mayores y más fuertes emociones. Si salían del circo unos cuantos caballos muertos o cuando menos gravemente heridos; si había toreros estropeados; si los indios *mojarreros* habían volado por los aires a impulso de recias testaradas, en una palabra, si había sangre y golpes la tarde era lucida, y si había una muerte, ¡completa! ¡soberbia!». En Fuentes, Manuel Atanasio: *Lima. Apuntes históricos, estadísticos, administrativos, comerciales y de costumbres*, Librería de Firmin Didot hermanos, París, 1867, págs. 144-145 (edición facsimilar del Banco Industrial del Perú, 1985).

Entrado el siglo XVII, las celebraciones aumentaron en número según la calidad de los acontecimientos<sup>10</sup>, lo que complicó la etiqueta y protocolo de las corridas, desatando conflictos entre las autoridades. Tenemos el caso del encierro con que el nuevo virrey deseaba agasajar a su antecesor en 1629, pero ya preparada la plaza se tuvieron que retirar los tablados «por estar ocupado y no hallar lugar conveniente que dar a su antecesor, porque en el acuerdo el señor Virrey trató de que combidaría al señor Marqués de Guadalcazar que le daría su mano derecha, pero respondió el Presidente o Oydor más antiguo de la Real Audiencia que en manera ninguna consentiría que se le quitase su lugar, que es el primero después del Virrey»<sup>11</sup>.

El arzobispo de Lima no pensó lo mismo en 1674, ya que para celebrar su llegada organizó una corrida y se instaló en los balcones del cabildo «y no salió a las ventanas del acuerdo ningún señor oidor a verlos. Tampoco hubo paseo por la plaza de alcaldes ordinarios, ni un caballero que saliese a ella por el disgusto de los señores oidores que querían ir a verlos a Cabildo»<sup>12</sup>. Veinte días después se corrieron toros en honor del virrey «y el señor Arzobispo no salió a verlos»<sup>13</sup>.

Y es que por aquel entonces la fiesta seguía siendo un atributo señorial, como lo demuestra la crónica de una corrida celebrada el 6 de noviembre de 1674, donde el número de caballos expresa a las claras el patrimonio y status de los jinetes:

10 «Además de las fiestas ordinarias de toros que se dirigían por empresarios sujetos á contrato con la ciudad, había otras que disponía el Cabildo, en la que sus agentes se entendían para consultar el mayor decoro y lucimiento. Eran éstas las que se hacían con ocasión de la jura del Rey, nacimiento de Príncipe, matrimonios reales, entrada en Lima de nuevo Virrey ó Arzobispo, y fundaciones o acontecimiento plausibles, como lo fueron la beatificación de Santa Rosa y de otros santos. También se hacían funciones extraordinarias de toros que carecían del aparato de aquellas, siendo asimismo inferiores en todo a las de costumbre en cada año, tales como las que costeaban los que recibían el grado de Doctor en la Universidad de San Marcos». Mendiburu: *Apuntes históricos...*, pág. 84.

11 Suardo, José Antonio: *Diario de Lima* (1629-1634), edición y transcripción de Rubén Vargas Ugarte, S. J., Lima, 1938; pág. 6.

12 Mugaburu, Joseph de: *Diario de Lima* (1640-1694), transcripción y edición de Carlos A. Romero, Lima, 1935, pág. 169.

13 *Ibidem*, pág. 170.

Esta misma tarde, a las tres, salió de Palacio el señor Virrey y la señora Virreina en su carroza nueva y con su silla de manos detrás, con mucho acompañamiento, y dió vuelta a toda la plaza, que estaba toda ella cercada de tablados y aforrada de tablas, al uso de la Corte, y coronada toda de gente; y se fueron a la galería de Cabildo a ver correr los toros. Don Miguel de Oruña y don Francisco de León entraron en la plaza de Lima en carroza y con catorce caballos detrás, los ocho del capitán León y los seis de Oruña, y con sus espadas anchas y muchos rejones.

Al primer toro que salió dió Oruña dos rejonazos muy buenos y limpios; y en el discurso de la tarde dió otros seis rejonazos, y los toros le hirieron muy mal dos caballos.

Don Francisco de León dió cuatro rejonazos y los toros le hirieron cuatro caballos y él hirió otro caballo en que iba con su espada ancha por dar al toro. Ya tarde lo sacó de la silla un toro y a pie se fué al toro con su espada ancha en la mano y cara a cara le embistió; y el toro lo arrojó en el suelo y lo maltrató, que le lastimó en la cara del golpe.

Don Rodrigo de Mendoza entró sólo en la plaza, de aventurero, en su caballo, con dos pajes y dos rejones y los empleó bien, y salió muy airoso, sin mudar caballo y con muchos vítores <sup>14</sup>.

Sin embargo, poco a poco estos «pajes» y auxiliares fueron acaparando el protagonismo, quienes al lado de los indios consiguieron darle otro color a las corridas. Un curioso cartel de 1630 da cuenta de las diversas suertes que se llevaban a cabo en las fiestas de la plaza de Lima:

**Premio que la Hermandad de San Eloy (plateros) reparte el martes que viene a las personas que mexores suertes hiziesen en las fiestas de toros conforme al certamen.**

Al cavallero que mexor lanzada diere al toro, se le dará una pieza de agua con su salvilla dorada y esmaltada.

Segundo: Al cavallero que mayor dificultad hiziere a cavallo, se le dará un bernegal de plata blando grande.

#### **Cavalleros de Rejón**

Primero: —una pieza de agua con salvilla dorada.

Segundo: —una canastilla de plata.

Tercero: —dos candeleros con platillos.

Quarto: —dos candeleros con platillos.

Quinto: —una pieza de agua blanca.

Sexto: —otra pieza de lo dicho.

<sup>14</sup> *Ibidem*, pág. 177.

**Cavalleros Jinetes**

Primero: —Al que mexor corriere y más ayroso anduviere en la plaza se le dará una pieza de agua blanca acastañada.

Segundo: —Una pieza de agua con pié.

Tercero: —Una tembladera con assas.

**Cavalleros galanes**

Una taza dorada de plata.

Dos candeleros de platillos.

Una pieza de agua con pié.

Al cavallero que con más desayre corriere se le dará una higa de cristal guarnecida en oro.

**Gente de a pié**

A las personas que con rexoncillo mataren al toro se le dará el toro y un pomo de plata. —dos lo mismo. —tres lo mismo. —quatro lo mismo.

A los que mexores suertes hizieren al toro se les dará un pomo de plata a cada uno hasta doce y el que dexarretare al toro pierde el premio.

Son jueces de los premios los señores don Diego de Carvajal, Correo Mayor, Don Francisco Mesia y don Bartholomé de Osnayo, Contador desta Real Caxa <sup>15</sup>.

Hay dos cosas que merecen resaltarse del cartel anterior. En primer lugar, la participación de «gente de a pié», cuya premiación por «las mexores suertes que hizieren al toro» indica la existencia de ciertos cánones o criterios a calificar que existían en Lima desde el siglo XVII <sup>16</sup> y, en segundo término, que la corrida en cuestión era organizada por el gremio de plateros, por lo tanto, al margen de las fiestas oficiales del cabildo. ¿Era común que los oficiales y artesanos de la ciudad festejaran con toros sus días patronales?

Siguiendo los Diarios de Suardo y Mugaburu, que apenas cubren algunos años del siglo XVII y de manera arbitraria, podemos encontrar muchas referencias sobre encierros organizados por los gremios y otros colectivos, que suponemos de-

15 Suardo: *Diario de Lima...*, págs. 96-98.

16 En España las faenas de a pie adquirieron carta de ciudadanía recién en el siglo XVIII.

bieron ser memorables para haber sido consignados por los curiosos escribientes:

- 8.VII.1630: Gremio de plateros, “se jugaron toros con mucho regocijo” (S, 70).
- 6.X.1630: Gremio de confiteros, “mandaron jugar toros que fueron muy buenos” (S, 92).
- 6.XII.1630: Gremio de plateros, torneo (S. 102).
- 13.XII.1630: Gremio de herreros, “mandaron jugar toros en esta plaza que fueron razonables” (S. 103).
- 19.XII.1630: Gremio de mercaderes, “mandaron jugar toros, los cuales a dicho de todos, han sido los mexores que hasta agora se han jugado” (S. 103).
- 22.II.1631: Universitarios, “mandó jugar toros que fueron generalmente muy buenos y muy regocijados” (S. 119).
- 9.XII.1656: Gremio de plateros, “hubo toros muy bravos” (M. 26).
- 29.IX.1659: Gremio de bodegueros, “salió un toro con un enjalma que tenía artificio de fuego” (M. 33).
- 2.XII.1659: Gremio de pintores, “hubo toros el resto de la tarde muy bravos” (M. 34).
- 29.XII.1659: Gremio de plateros, “Hubo toros la misma tarde y rejonearon cuatro que salieron como grandes de Castilla” (M. 34).
- 22.X.1681: Soldados de la Guardia, “y fueron muy bravos porque los soldados fueron por su cuenta a diferentes parajes a comprarlos” (M. 217).
- 8.VII.1683: Gremio de carpinteros, “fueron muy bravos” (M. 226)<sup>17</sup>.

Es interesante comprobar cómo en un sólo año podían realizarse cinco corridas, aparte de las cuatro programadas por el cabildo. En esas fiestas los indios y negros pudieron ir incrementando su participación, ya que estaban perfectamente integrados a los gremios<sup>18</sup>. No obstante, tímidamente los negros comenzaron a ganar terreno en los encierros, y en enero de 1631 celebraron su primera corrida:

A 14, los morenos hicieron sus fiestas al nacimiento del Príncipe Nuestro Señor y mandaron, por la tarde, jugar toros, que no fueron muy buenos pero fueron de mucho gusto y rissa para todos, porque salieron hasta 30 negros a la plaza con capas y gorras milanesas a jugar los toros, que

<sup>17</sup> Suardo, S. y Mugaburu, M.: *Diario de Lima*.

<sup>18</sup> Iwasaki, Fernando: *El comercio ambulatorio en Lima*, Lima, 1989, págs. 125-136, 150-163.



hicieron figuras muy ridículas y algunos dellos hicieron algunas suertes de consideración en dar garrochones, con que la fiesta vino a ser de mayor gusto que todas<sup>19</sup>.

Evidentemente se trataba de una farsa montada por los mismos amos, quienes ignoraban el impredecible desenlace que sobrevendría años después. De hecho, no sólo los negros tenían sus fiestas, pues en febrero de 1631 los mulatos representaron *La Iliada* por las calles de Lima y «a 11 por la tarde los mulatos por remate de su fiesta jugaron toros»<sup>20</sup>.

Debe entenderse que un negro disfrazado de Agamenón o Aquileo, habría causado la misma hilaridad en los anillos taurinos. La clase dominante toleraba y promovía esas parodias que a la larga adquirieron carta de ciudadanía. Es posible que en esos lances se gestara el *capeo a caballo*, suerte genuinamente peruana y que ha sobrevivido hasta nuestros días. De hecho, en diciembre de 1656 el *Diario* de Mugaburu consigna: «Martes diez y nueve del corriente, los negros criollos jugaron toros en la plaza; y hubo rejones y rompe-leño. Tarde regocijada»<sup>21</sup>.

Mientras tanto, los indios siguieron integrándose en las corridas a pesar de las disposiciones en contra<sup>22</sup>, y así, hacia 1659, la población andina logró celebrar su propia fiesta en la capital del virreinato, honrando la memoria de los incas y esquivando la muerte entre los cuernos de los toros:

Martes 23 del dicho mes hicieron la fiesta los indios, donde hubo un castillo en la plaza, y salió el rey Inga y peleó con otros dos reyes hasta que los venció y cojió el castillo; y puestos todos tres reyes ofrecieron las llaves al Príncipe que iba en un carro retratado; y salieron a la plaza todos los indios que hay en este reino, cada uno con sus trajes; que fueron más de dos mil los que salieron, que parecía la plaza

19 Suardo: *Diario de Lima...*, págs. 108-109.

20 *Ibidem*, pág. 116.

21 Mugaburu: *Diario de Lima...*, pág. 27.

22 «A 15 (de 1630), por aver hecho relación a Su Excelencia el protector general de los naturales que en el ospital de Santa Ana estaban muchos de ellos muy maltratados de los toros, se pregonó un bando para que los días que se jugasen toros en esta ciudad ninguno dellos pueda estar en esta plaza pena de cinquenta azotes». (Suardo: *Diario de Lima...*, pág. 94).

toda plateada de diferentes flores, según salieron los indios bien vestidos y con muchas galas. Hubo toros aquella tarde y salieron dos indios a garrochar a los toros. Fiesta de mucho regocijo para todos, y dicen llevaron la gala de todos, con que cesaron las fiestas <sup>23</sup>.

Al término del siglo XVII, indios y negros estaban completamente asimilados al mundo taurino del virreinato, pero antes de alcanzar el protagonismo definitivo los toros pasaron a ocupar el lugar que se merecían en la fiesta. Así lo demuestra el primer listín impreso aparecido en Lima:

**Razon individual de los toros que, en dos tardes, se han de lidiar en esta plaza mayor, en obsequio a la augusta proclamación de su majestad Don Felipe y nuestro Señor**

**Encierro-Primera mañana**

El **Rompe-ponchos**, azaharito de Oquendo.  
El **Zoquete**, rabón, colorado, de Bujama.  
El **Gallareta**, overo, de Huando.

**Tarde Primera**

El **Flor de cuenta**, capirote, de Palpa.  
El **Diafanito**, hosto, de Larán.  
El **Pichón**, blanco, de Gómez.  
El **Lagartija**, gateado, de Hilarión.  
El **Floripondio**, barroso, de Chinchilla.  
El **Deseado**, alazón, tostado, del Naranjal.  
El **Chivillo**, prieto, de Corral Redondo.  
El **Leche migada**, de Vilcahuaura.  
El **Partero aparejado**, blanco y prieto, de Retes.  
El **Come gente**, overo pintado, de Quipoco.

**Encierro-Segunda mañana**

El **Patuleco**, barriga blanca de Casablanca.  
El **Cara sucia**, gateado, de Pasamayo.  
El **Potroso**, lúcumo, de Contador.

**Tarde Segunda**

El **Rasca moños**, blanco, de Lurichincha.  
El **Pucho a la oreja**, frazado, de Chancaillo.  
El **Saca candela**, frontizo, de Esquivel.  
El **Gato**, gateado, del Pacallar.  
El **Anteojito**, broncado, de Mala.  
El **Corre bailando**, culimosqueado de Sayán.  
El **Longaniza**, prieto, desparramado de Chuquitanta.  
El **Diablito cojo**, pintado, de Hervay.  
El **Sacristán**, ajisecho, de Limatambo.  
El **Invencible**, retinto, de Bujama <sup>24</sup>.

<sup>23</sup> Mugaburu: *Diario de Lima...*, págs. 34-35.

<sup>24</sup> Palma: *Tradiciones peruanas...*, pág. 48.